

HOMILÍA EN EL 1º ANIVERSARIO DE MI ORDENACIÓN SACERDOTAL Santuario de la Virgen de Guadalupe México, 20 Junio 2013

Queridos Hermanos Oblatos. Querido Pueblo de Santa Rosa de «¡Qué agradecido estoy a Jesucristo, el Señor, por la confianza depositada en mi al designarme para su ministerio!» (1 Tim 1,12). Este sentimiento que Pablo expresa a su querido discípulo Timoteo está siempre presente en mi vida desde aquel 20 Junio, día de desierto que hice como preparación para mi Ordenación Sacerdotal en la Parroquia de San Felipe de Jesús en Diócesis de Toluca.

Abrí al Rezar el Nuevo Testamento y el Espíritu me regaló esta frase que repetí durante todo el día y la Semana que precedía a mi Ordenación. La saboreé. Me identifiqué con ella. Expresaba los sentimientos que yo albergaba en mi corazón al cumplir el paso más importante de mi vida, consagrarme al Señor por medio del sacerdocio.

Hoy tiene una resonancia especial. Hace un Año, a las 11 de la mañana era ordenado sacerdote en la Iglesia Parroquial de San Felipe de Jesús.

Y fue precisamente Don Francisco Chavolla Ramos, Obispo de Toluca, quien impuso sus manos sobre mí para transmitirme el ministerio sacerdotal. Gracias, Don Francisco, por ordenarme sacerdote y por todo el bien que, en sus años de Obispo, esta haciendo a la querida Diócesis de Toluca.

Mi corazón rebosa de alegría y agradecimiento, porque el Señor me eligió, sin méritos propios, para ser sacerdote de su Iglesia. Y porque hoy puedo celebrar con todos Ustedes este Primer Año de constante entrega. Más tarde me eligió como Administrador Parroquial de la Parroquia de Santa Rosa de Lima, y ha querido que le sirviera, que os sirviera, en esta Iglesia Parroquial. Esta Iglesia, Ustedes, son mi esposa, la razón de mi vida. Así quedó reflejado en mi ordenación Sacerdotal.

Hoy es un día para recordar —al igual que Moisés hacía recordar al pueblo los cuarenta años de peregrinación por el desierto vividos intensamente bajo la mirada y la protección de Dios (Dt 8, 2)— y para dar gracias por el camino que el Señor, mi Dios, me ha hecho recorrer durante este primer año de sacerdocio. Recuerdo a mi familia, mi Iglesia doméstica, especialmente a mis padres, que me transmitieron el mayor tesoro de mi vida: la fe en Dios. Ellos apoyaron generosamente mi vocación.

Recuerdo a los sacerdotes que me acompañaron en mi vocación sacerdotal y no puedo olvidarme del Padre Alejandro Tordeschi, y mi profesor de la Pontificia Facultad de Teología de San Buenaventura, a los formadores de mi Comunidad Religiosa de Roma y a los compañeros de curso con los que compartí tantas cosas durante los Años Formativos: estudio: oración y celebraciones, deporte, excursiones, momentos de búsqueda, de duda y de crisis.

Recuerdo las comunidades parroquiales por las que fui pasando, los movimientos apostólicos, los diversos servicios diocesanos que el Obispo de Loreto Monseñor Ángelo Comastri me encomendó en los Años de Formación, cuando estudiado. y, ¡cómo no!, particularmente, mi nombramiento como Administrador de la Parroquia de Santa Rosa de Lima de la querida diócesis de Toluca, mi esposa.

En estos momentos se amontonan en mi memoria y en mi corazón los recuerdos y los

sentimientos. Y sólo puedo decir con el salmista: «¿Cómo le pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?» (Ps 115).

Vosotros me ayudáis hoy a dar gracias al Señor y a María Reyna y madre de todos nosotros. Pero también quiero que me ayudéis a pedir perdón a Dios, porque el gran tesoro del ministerio lo llevo, como Pablo, «en vasijas de barro, para que todos vean que una fuerza tan extraordinaria procede de Dios y no de nosotros» (2 Cor 4,7).

Un Año de Sacerdocio no es mucho, y no puedo menos de pedir hoy perdón, delante de Usted y de mi Amada María que en estos años de Caminar me siguió con amor silencioso, premuroso e discreto, por no haber sido siempre el buen pastor que da la vida por sus ovejas. Lo hago con la súplica del salmista: «Acuérdate, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas. Acuérdate de mí, por tu amor, por tu bondad, Señor» (Sal 25, 6-7).

Hago más las palabras de Pablo a Timoteo: «Te recomiendo que reavives el carisma de Dios que está en ti, que se te comunicó por la imposición de las manos del colegio de presbíteros» (2 Tim 1, 6). Quiero reavivar mi espíritu, responder a los signos de estos tiempos, y a las llamadas que el Señor quiera hacerme en esta nueva etapa de la vida.

Escucho en mi interior la llamada que tantas veces hizo Jesús en el Evangelio: «Ven y sígueme». Quiero renovar hoy con todos ustedes mi querida Parroquia de Santa Rosa de Lima mi respuesta generosa y confiada. Sé que tengo que nacer continuamente de nuevo, como Nicodemo, aquel hombre viejo y maestro de Israel.

Es un día para ir planificando el tramo de mi vida con la confianza puesta en Dios, porque Él, como rezamos en el salmo 89, «ha sido nuestro refugio de generación en generación. Enséñanos a calcular nuestros días, para que adquiramos un corazón sensato. «Vuélvete, Señor y ten compasión de tu siervo».

Entrar en estos 2 años de etapa de mi vida Sacerdotal es una buena ocasión para abandonarme en las manos del Padre, y de María mi única Esperanza para seguir trabajando con los talentos que Él me siga confiando. En esta etapa emprenderé el viaje más importante de mi vida, que quiero vivir con plena conciencia y responsabilidad.

Estoy convencido que el Señor quiere seguir haciendo el bien sirviéndose de mi persona, porque Él todo lo hace nuevo. Está empeñado en llevar a cabo la obra que comenzó en mí hace un año. Por eso, lleno de confianza, hago más las palabras de Pablo a Timoteo: «Estoy seguro de que Dios que comenzó en mí una obra tan buena, la llevará a feliz término para el día en que Cristo Jesús se manifieste» (Fl 1, 6). Quiero fundamentar mi vida en las tres virtudes Teologales; que son las únicas que subsisten: la fe, la esperanza y la caridad, siendo la más excelente la caridad (1 Cor 13, 13).

Termino diciéndole al Señor con el salmista: «A ti, Señor, me acojo, no quede yo nunca defraudado; ponme a salvo, por tu fidelidad. En tus manos pongo mi vida... Yo confío en ti Señor: Tu eres mi Dios, en tus manos está mi futuro» (Sal 31).

Gracias a todos Ustedes: Hermanos Seminaristas Religiosos y Pueblo Santo de Santa Rosa, que compartes conmigo más directamente el cuidado espiritual del pueblo de

Dios; gracias a todos mis formadores que son un gran regalo de Dios para mí; gracias a todos miembros vivos de la Iglesia y que haces presente el Reino de Dios en medio del mundo.

Termino mi Homilía de Agradecimiento al Señor con una Oración que no puede faltar a mi única y siempre Madre María:

Madre de Cristo,
Sumo y Eterno Sacerdote,
fuente de reconciliación para el mundo,
derrama sobre nosotros su luz,
su amor, su perdón.
Madre de la Vocación,
Madre de los sacerdotes;
hazlos puros, hazlos limpios,
vibrantes en la oración.
Hazlos fuertes en la esperanza,
firmes en el amor ...
fuentes vivas, llamas nuevas,
murallas de la ciudad de Dios.
Haz que sean santos
y sean sacerdotes según el Corazón de Jesús.
Amen.